

El espacio público como paisaje



Guillermo Nagano Rojas

DOI: <https://doi.org/10.24275/OBQR9707>



El acceso al paisaje

El paisaje es un concepto que admite ser definido desde múltiples perspectivas. En este ensayo se toma una definición que proviene del campo de la Geografía,¹ es decir, el paisaje se entiende como el complejo sensorial que percibimos a partir de las características físicas del territorio, ya sea éste natural o modificado por la mano del hombre.

El lector disculpará una definición tan escueta para un concepto complejo, aunque espero que sea suficiente para el propósito que aquí intento.

El paisaje natural² de nuestro país y de la ciudad de México, como el de casi todo el mundo, pierde su espacio en la medida en que aumentan las necesidades de aprovechamiento de los recursos que le dan forma y su superficie se ve invadida por el crecimiento de los asentamientos y actividades humanas. Al mismo tiempo que disminuye en extensión, es deteriorado por las emisiones contaminantes resultantes de la actividad antrópica.

Si sumamos a lo anterior el agitado ritmo de la vida contemporánea, entonces son pocas las oportunidades que tenemos para visitar y disfrutar la belleza que aún queda en el entorno.

La publicidad aprovecha esta circunstancia y utiliza las imágenes de paisajes naturales y urbanos, generalmente inaccesibles, como un medio para motivar el consumo de toda clase de productos,

1. Para los geógrafos Arturo García Romero y Julio Muñoz Jiménez, el paisaje es "la imagen que el hombre percibe de su territorio, sea como una oportunidad o recurso natural susceptible de aprovecharse, o como una limitación o riesgo para la población y sus actividades" tomado de "El paisaje desde el ámbito de la Geografía", UNAM, México, p. 9.

2. El paisaje natural ha cedido parte de su espacio a la obra del hombre, en el espacio invadido la humanidad ha creado estructuras materiales que se constituyen en otro paisaje: el paisaje urbano.



Figura 1. Vista de los volcanes de la Sierra Nevada desde el paraje conocido como la Ciénega Grande en la Delegación Xochimilco. Foto: Guillermo Nagano.

incluyendo al paisaje mismo como mercancía para el turismo.

Hoy el transporte facilita relativamente el acceso a los paisajes monumentales de la naturaleza o éstos se encuentran tan cercanos a las poblaciones, que se saturan de visitantes perdiendo el atractivo de ser territorios vírgenes y aislados, además de ser alterados por los servicios, el deterioro y la contaminación producidos por los visitantes.

Como consecuencia de su entrada al mercado del turismo, el costo para acceder a ellos resulta cada vez más oneroso.

La disponibilidad de tiempo es también una limitante como podemos ver en la publicidad de los “paquetes” de viaje que en periodos de unos cuantos días realizan recorridos por múltiples ciudades. Por ejemplo: recorra Europa en 11 días, Oriente legendario en 16 días, Sudamérica en dos semanas, etc., son algunos de los anuncios que cotidianamente aparecen en los medios para promover estas veloces aventuras, entre aquellos que disponen de los recursos económicos suficientes para emprenderlas.

Para los menos privilegiados, que en este mundo globalizado son las mayorías, los paisajes más distantes e inaccesibles ahora están al alcance del aparato de televisión; pero si se quiere disfrutar de un paisaje tridimensional como alternativa para descansar el cuerpo y recrear el espíritu, sólo queda el paisaje cercano: el parque, la plaza pública, la calle o la azotea de casas y edificios.

A pesar de las virtudes espaciales que estos sitios pudiesen llegar a tener, en muchos casos las condiciones de seguridad, mantenimiento y conservación que presentan impiden disfrutarlos plenamente (véase Figura 4).

Insensibilizados por la prisa y el estrés, los habitantes de la metrópoli perciben con dificultad la parte agradable de sus espacios exteriores y peor aún, raramente se dan la oportunidad de disfrutarlos.

Dentro del inmenso laberinto de la urbe, peatones y automovilistas se concentran en esquivarse; los pasajeros del transporte público —apiñados y adormilados por el calor, en vehículos con cristales oscurecidos, rayados, pintarrajeados, estrellados, tapizados de avisos y calcomanías—, con dificultad avistan el sitio en que han de apearse, sacando de foco la contemplación de los escasos paisajes y micro-horizontes agradables de la ciudad (véase Figura 3).

En documentales de cine o la televisión, los habitantes de la ciudad conocen parques, plazas y monumentos, en vez de disfrutarlos personalmente.

El rescate del horizonte

No sólo la agresividad del ambiente contribuye a que las personas abandonen el espacio público, existen otros factores de carácter psicológico que dificultan la percepción placentera del espacio; entre éstos se encuentra la pérdida de la referencia



Figura 2. Una calle en el Centro Histórico de la ciudad de Puebla. La presencia de vegetación en los balcones y sobre el arroyo contribuye a la creación de un paisaje urbano amable y sombreado. Foto: Guillermo Nagano.

visual que con mayor fuerza estructura el paisaje: el horizonte.

Aun y cuando la ciudad de México es una ciudad que mantiene un perfil bajo y donde los edificios altos son la excepción,³ para sus habitantes el horizonte dibujado por las montañas gradualmente ha desaparecido tras una cortina de obstáculos.

La dificultad para observar el horizonte se debe, entre otras razones, al trazo irregular y a lo estrecho de las calles que se combina con otros elementos como son: el mobiliario urbano, las redes aéreas de instalaciones de energía en alta y baja tensión, telefonía y telefonía por cable; televisión por cable y antenas de televisión de todo tipo; instalaciones para telefonía celular e Internet, líneas de energía

3. Entre los contados edificios altos de la ciudad de México se encuentran: la recién construida Torre Mayor, la Torre de PEMEX y la Torre Latinoamericana, así como una parte del Paseo de la Reforma y la Avenida de los Insurgentes.

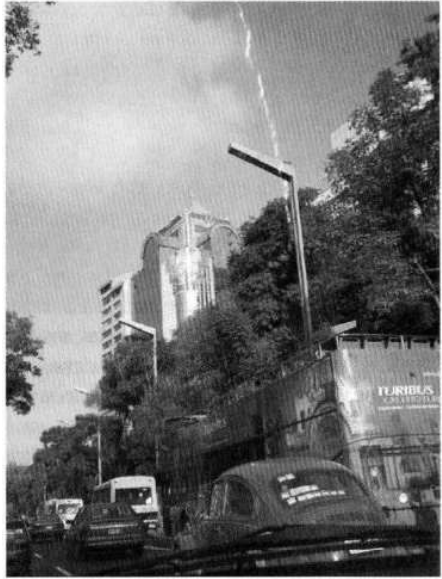


Figura 3. Paseo de la Reforma junto con el parque de Chapultepec. En contraste con el transporte cotidiano, el transporte turístico con un segundo piso abierto, al elevar al espectador cerca de tres metros, le ofrece un horizonte con menos obstáculos lo que mejora indudablemente la percepción del paisaje, en este caso urbano. Foto: G. Nagano.

para trolebuses, la mayor parte de ellas indispensables y difíciles de ocultar en el gelatinoso suelo de la ciudad. Otros obstáculos, totalmente evitables son los llamados anuncios “espectaculares” que se superponen a la arquitectura y que en nuestra ciudad se distinguen por su cantidad y exageradas dimensiones; también la vegetación urbana mal ubicada y la contaminación atmosférica alteran la percepción del horizonte.

Incluso aquellos que habitan en edificios altos tienen dificultades para contemplar el horizonte; ya sea

por falta de tiempo, por falta de curiosidad, por ventanas encortinadas en busca de privacidad, etc.

La visión del horizonte que nos permite disfrutar del paisaje y ubicarnos en el medio natural es una condición que los habitantes de la ciudad ocasionalmente podemos disfrutar; cuando esto ocurre redescubrimos que existe: arco iris, amaneceres y atardeceres, paisajes, montañas y volcanes.

El horizonte cumple también una función de referencia, es una escala de altitudes, distancias y profundidades, define límites y fronteras, revela colores y texturas, provoca sombras y contrastes, ayuda a medir el tiempo y nos permite prever el clima.

La línea de horizonte, de especial importancia para los arquitectos, junto con los puntos de fuga, resultan dos auxiliares del proyecto difíciles de encontrar en el desorden visual de la ciudad, lo que complica el planteamiento de perspectivas estimulantes y abiertas que den profundidad y escala a los edificios.

Una ciudad sin horizonte visible es una ciudad cerrada, lo cual impide que el viento corra y que el sol penetre, por lo que nos sentimos física y emocionalmente aislados y encerrados por la muralla de edificios, y asfixiados por los gases de vehículos e industrias.

Hace falta liberar senderos de avistamiento del horizonte para recuperar la visión del paisaje que nos rodea y que en los raros días de claridad atmosférica nos devuelven por unas horas paisajes de montañas, de nubes, de arco iris, de ocasos y de cielos nocturnos.

Compartir el paisaje

El paisaje es fundamentalmente espacio público y como tal un espacio compartido, aunque desafortunadamente compartido en el uso, pero no en el mantenimiento y cuidado. Influidos por la publicidad de una cultura hedonista y egoísta, las perso-

nas anteponen los intereses individuales a la vida en comunidad, esto se refleja en el maltrato de los espacios públicos que contrasta con la atención que se da al espacio privado. Las personas procuran a toda costa de hacerse de un espacio privado; ya sea una residencia de lujo o una vivienda de interés social. Paradójicamente, una vez que lo tienen las personas se aíslan de sus vecinos e incluso de los otros miembros del grupo familiar, tratando de llenar su necesidad de convivencia a través de las dos dimensiones de la pantalla del televisor donde encuentran la información, la intimidad, la seguridad y el placer que el espacio público tridimensional les niega y sin los inconvenientes de seguridad y mantenimiento que éste requiere.

Las personas, en general, tienden a culpar de los males a los otros y a aprovechar para sí los bienes, lo cual se refleja en las imágenes y situaciones en las que cotidianamente participamos, veamos algunos ejemplos:

- El espacio público es para uso de todos y su mantenimiento es responsabilidad del "gobierno", por ello podemos tirar la basura y esperar que el servicio de limpieza cumpla con su obligación.
- Si los recursos públicos han enriquecido a tantos funcionarios, entonces todos podemos tomar gratis y sin remordimientos un poco de energía colgando un "diablito" del poste más cercano.
- Si los partidos políticos inundan la ciudad de anuncios espectaculares, mantas y plásticos pagados con nuestros impuestos, entonces todos podemos, sin el menor tapujo, colgar un anuncio en un poste o puente peatonal para felicitar a una cumpleañera o cumpleaños o anunciar que vendemos carnitas los domingos.
- Así mismo si los políticos pueden expresarse con

generosas cantidades de pintura sobre muros y autobuses, sería inequitativo privar de ese privilegio a los jóvenes artistas del *graffiti*.

- En el mismo tenor, igualmente podemos pintar nuestra casa o fachada del departamento del tercer piso del color de nuestra preferencia aprovechando el extenso catálogo de "Comex" aunque esto signifique fastidiar la armonía de la calle, el edificio o conjunto habitacional.
- Las reglas se hicieron para romperlas y una "corta" soluciona cualquier problema que algún amañado reglamento nos plantee.
- Para nuestra seguridad tenemos que enjear la calle para evitar la entrada de los malhechores y si se puede también de la policía.
- Si a mayor tamaño más visibilidad, entonces ¿por qué no aumentar el tamaño de los anuncios espectaculares?, no importa que impidan ver los señalamientos del tránsito, los inmuebles y el mismísimo sol.
- Los hechos nos demuestran que mientras las leyes, el discurso político y la publicidad pregonan la búsqueda del bien común, las personas encargadas de llevarlo a cabo sólo buscan el bienestar propio.

En resumen, lo anterior nos dice: la libertad propia siempre podrá ser mayor que la libertad del otro y se puede predicar una cosa y hacer otra. Entonces: ¿cómo modificar esta actitud? ¿Cómo recuperar el espacio público? ¿Cómo disfrutar nuevamente del paisaje? ¿Cómo integrar el espacio público y el paisaje?

La respuesta es compleja y depende principalmente del respeto a los valores de la convivencia social, pero también de otros factores, entre los cuales el diseño juega un papel de primera importancia.



Figura 4. Atribuible por algunos al resentimiento social y por otros a una intención artística, sin embargo, la obra de los "grafiteros" generalmente deteriora sensiblemente el paisaje del espacio público. Foto: G. Nagano.

Recuperando la capacidad de disfrutar el espacio público como paisaje

Un síntoma alentador para la re-educación de la gente, se presenta cuando visitamos o vacacionamos en sitios en los que el entorno socio-cultural mantiene valores de respeto y convivencia que se reflejan en perfiles urbanos o naturales agradables, lo cual nos hace recuperar, aunque sea temporalmente, la capacidad de contemplación y disfrute del entorno y de las relaciones con otras personas (véase Figura 2).

Observar a la gente conviviendo en las plazas de poblaciones pequeñas o en sitios turísticos, donde el paisaje mantiene su limpieza y valor, donde la arquitectura y el paisaje natural se complementan, nos hace recuperar la esperanza de que el espacio bien diseñado retroalimenta las actitudes positivas de la población.

Disfrutar del espacio público como paisaje, o viceversa, requiere de cuidar y dar mantenimiento a las instalaciones y respetar las reglas de conviven-

cia, este esfuerzo, tal vez enorme, de cambios de actitud y comportamiento nos daría la posibilidad de disfrutar la vida de manera tridimensional, haciendo uso de todos nuestros sentidos y compartiendo con nuestros semejantes el disfrute de la convivencia; convivencia con la naturaleza y con nuestros semejantes.

El esfuerzo vale la pena, no sólo para nosotros mismos, sino también para el planeta y la sociedad que heredaremos a las generaciones futuras, a las que podemos obsequiar la posibilidad de contemplar un horizonte físico y espiritual que por ahora esta lleno de obstáculos (véase Figura 3).